



## CAPÍTULO IX

# IMPACTO DE LAS NARRATIVAS PEDAGÓGICAS (NP) EN LA VIDA DE LOS INVESTIGADORES



Antes, nuestra cotidianidad, como docentes, transcurría relativamente sin sobresaltos: llegar al aula, saludar, verificar asistencia, contextualizar los temas y proceder con los habituales pasos que la didáctica ofrece para hacer una “buena clase”. Decimos antes porque, en hora buena, tropezamos con las Narrativas Pedagógicas, las cuales asumimos cumpliendo con la formalidad que nos exigía la Maestría.

Al principio, teníamos expectativas. Después, por el contacto con los teóricos de interés, un poco de incredulidad. Pero, finalmente, cuando encaramos la tarea de enfrentarnos de lleno a las narrativas de nuestros alumnos, descubrimos que en la otra orilla de nuestras clases, más allá de nuestros “deberes” diarios, cohabitaba, en cada uno de nuestros chicos, una realidad; en ciertas ocasiones con elementos comunes y, la mayoría de veces, con historias de vida tan propias como una validación inequívoca de que somos seres únicos con realidades y con experiencias propias. Podríamos decir que esos jóvenes han trasegado su corta vida con sus penas y sus alegrías a cuestas; algunos con hondas huellas y, en muchas ocasiones, con pequeñas alegrías; con remedos de regocijos y con cicatrices que revelan angustias y dolores.

Fuimos descubriendo que debajo de su frágil caparazón subyacen situaciones y experiencias de vida marcadas por el desamor, la incertidumbre, el miedo y el abandono; y nos fuimos contagiando, de alguna manera, de esa angustia existencial, alegrándonos con ellos de sus pequeños triunfos, o con los asomos de esperanza que habitaban en nosotros; pero, sobre todo, hacíamos un gran esfuerzo por leer y entender sus lenguajes, sus señales y sus esfuerzos por reclamar atención. Podríamos decir muchas cosas alrededor de esta experiencia, a todas luces enriquecedora, capaz de despertar la capacidad de asombro y mostrarnos la esencia y el significado de ser maestros.

Algo cambió para nosotros: ahora el saludo ha dejado de ser una simple rutina y estamos más atentos al gesto y a la palabra; ahora nos preocupan las ausencias cuando antes llamar a lista era una formalidad que nos llevaba a anotar el nombre de quien no llegó al colegio, y nada más; ahora tenemos la certeza de que la academia está siendo relegada y sentimos que esos jóvenes van al colegio por mucho más que una clase; que tal vez la escuela sea una de esas esperanzas, o una posibilidad de hallarse en otro ambiente, con menos hostilidades, más amable y llevadero; lo que están buscando, en los maestros, quizás los padres no se los ha ofrecido: el apoyo a sus dificultades o, a lo mejor, otras alternativas de vida, manifestando que aún tienen esperanzas.

Las Narrativas Pedagógicas se convirtieron, así, en una estrategia vital para humanizar la relación pedagógica con nuestros educandos, haciéndose realidad el sueño de construir mundos posibles. No negamos su utilidad para transformar el



conocimiento, pero rescatamos su potencial para ejercer nuestra misión como maestros: la de formar seres humanos sensibles a sus propios sentires, a los sentires del otro y a los de su entorno. Es decir: reafirmamos que nuestra tarea es formar seres humanos y que nos enfrentamos día a día, en el aula de clase, con jóvenes y niños que llevan dentro de sí una historia que necesita ser contada para decirse a sí mismos, y a los otros, que están ahí, que existen y que la convivencia es más humana y solidaria cuando conocemos de cerca lo que nos impide o nos permite crecer: las esperanzas y las frustraciones que nos mueven a ser cada vez mejores personas.